

## CARTA ENCICLICA "DOCTOR MELLIFLUUS"(\*)

(24-V-1953)

EN EL 8º CENTENARIO DE LA MUERTE DE SAN BERNARDO

PIO PP. XII

*Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica*AAS 1. **Introducción. Personalidad de San**

<sup>45</sup> **Bernardo.** El DOCTOR MELIFLUO último  
<sup>369</sup> *de los Padres, pero ciertamente no inferior a los primeros*<sup>(1)</sup> sobresalió por sus dotes de inteligencia y de espíritu, a las que Dios añadió multitud de dones celestiales, de tal manera que, en aquella época de tan diversas y con frecuencia turbulentas circunstancias, pareció ejercer un dominio absoluto por su santidad, sabiduría, suma prudencia y consejo en el obrar. Por todo lo cual, se le han tributado grandes alabanzas no solamente por parte de los Sumos Pontífices y escritores de la Iglesia Católica, sino incluso a veces de los herejes. Nuestro Predecesor de feliz memoria, ALEJANDRO III, al inscribir su nombre en el Catálogo de los Santos en medio del júbilo universal, escribía de este modo lleno de reverencia: *...Hemos recordado la vida santa y digna de veneración de este bienaventurado varón: como él, sostenido por una especial prerrogativa de la gracia, no sólo brilló por su vida santa y piadosa, sino que resplandeció en toda la Iglesia de Dios con la luz de su fe y de su doctrina. Los frutos por él conseguidos en la Casa del Señor con su palabra y con su ejemplo, casi no hay en toda la cristiandad nadie que los ignore, ya que él difundió las instituciones de nuestra santa Religión hasta en las naciones extranjeras y bárbaras... y atrajo a la recta práctica de la vida religiosa... a*

*una infinita muchedumbre de pecadores*<sup>(2)</sup>.

*El fue, en realidad —escribe el CARDENAL BARONIO—, un verdadero varón apostólico, más aún, un auténtico Apóstol enviado por Dios, poderoso en obras y en palabras que ante todos y en todas partes confirmó su apostolado con los prodigios que lo acompañaban, de modo que no se consideraba menor que los grandes apóstoles... y ha de llamarse... ornamento y a la vez sostén de la Iglesia Católica*<sup>(3)</sup>.

A estos testimonios tan laudatorios, a los que podríamos añadir otros innumerables, se dirige Nuestro pensamiento, al cumplirse los ocho siglos del día en que el restaurador y propagador de la Orden del Císter pasó piadosamente de esta vida mortal, que había ilustrado con tan grande luz de doctrina y fulgor de santidad, a la vida eterna. Y Nos es grato meditar y escribir sobre sus grandes méritos de modo que no sólo los miembros de su Orden, sino también todos los que se complacen en cuanto es verdadero, hermoso y santo, puedan sentirse animados a seguir sus eximios ejemplos de virtud.

**2. Fuentes de su doctrina.** Su doctrina fue sacada casi enteramente de las páginas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, que día y noche traía entre manos y meditaba a fondo,

(\*) A. A. S. 45 (1953) 369-384. Versión española oficial.

(1) Mabillon, *Bernardi Opera*, Prefacio general n. 23. (Migne P.L. 182, col. 26).

(2) Alejandro III, Carta Apostólica *Contigit*

*Olim*, 15 cal. febr. 1174, Anagninæ d.

(3) Baronio, *Annales* tomo 12, año 1153, p. 385, D-E, Roma en la Tipogr. Vaticana 1607.

y no de las sutiles disputas de los dialécticos y filósofos, que más de una vez manifiesta tener en poco<sup>(4)</sup>. Hemos de advertir, no obstante, que él no rechaza la humana filosofía, la que merece verdaderamente este nombre, o sea la que conduce a Dios, a la vida honesta y a la sabiduría cristiana; sino que rechaza aquella otra que con vacía verbosidad y con el falaz esfuerzo de

371

cavilaciones presume con temeraria audacia elevarse a las cosas divinas, penetrando enteramente los misterios de Dios, violando de este modo —como frecuentemente acaecía también entonces— la integridad de la fe y resbalando miseramente en la herejía.

¿Ves —escribe— cómo (el Apóstol San Pablo)<sup>(5)</sup> en el modo de saber hace consistir el fruto y utilidad de la ciencia? Mas ¿qué se entiende por modo de saber? ¿Qué ha de entenderse sino con qué orden, con qué aplicación, con qué fin? Con qué orden: de suerte que aprendamos ante todo lo más necesario para la salvación. Con qué aplicación: a fin de aprender con más ardor lo que más vivamente puede movernos al amor. Con qué fin: a fin de no aprender por vanagloria, o por curiosidad, o por algo semejante, sino sólo para tu propia edificación o la del prójimo. Porque hay quienes quieren saber con el único fin de saber, y es torpe curiosidad... Hay quienes quieren saber para ser ellos conocidos, y es torpe vanidad... Hay quienes quieren saber para vender su ciencia, o sea, para allegar riquezas o conseguir honores con ella, y es un tráfico vergonzoso. Pero los hay también que quieren saber para edificar a otros, y es caridad; los hay, finalmente, que quieren saber para su propia edificación, y es prudencia<sup>(6)</sup>

**3. Características de ella.** Cuál sea la doctrina, o mejor aún, la sabiduría que él sigue y ama intensamente, lo dice con estas hermosas palabras: *Pues*

(4) Véase los sermones: S. Bernardo, *Sermo in Festo SS Apostol. Petri et Pauli*, n. 3 (Migne P.L. 183, col. 407); y *Sermo 3 in Festo Pentec.* n. 5 (Migne P.L. 183 col. 332-B).

(5) Véase I Cor. 8, 2.

(6) S. Bern., *In Cantica*, sermo 36, 3 (Migne P.L. 183, col. 968-C y D).

*éste es el espíritu de sabiduría y de inteligencia, que, cual abeja que forma cera y miel, tiene en sí mismo no sólo con qué encender la antorcha de la ciencia, sino también con qué derramar el gusto y las dulzuras de la gracia. No crea, pues, haber recibido este beso ni el que entiende la verdad y no la ama, ni el que la ama y no la entiende<sup>(7)</sup>. ¿De qué serviría el don de la sabiduría sin el de la caridad? Inflaría vanamente. ¿Y la caridad sin la sabiduría? Se equivocaría<sup>(8)</sup>. Porque sólo lucir es vano; sólo arder es poco; arder y lucir es lo perfecto<sup>(9)</sup>. De donde toma su origen la verdadera y genuina doctrina, y cómo ha de unirse con la caridad, lo explica el Santo de esta manera: Dios es sabiduría: no quiere que se le ame sólo con ardor, sino también con prudencia... Si despreciáis la ciencia, el espíritu de error presto se burlará de vuestro celo. Este espíritu artificioso no tiene medio más eficaz para arrebatar del corazón el amor que el conseguir que este amor vaya destituido de prudencia y discreción<sup>(10)</sup>.*

372

**4. Fin e intención.** Por estas palabras aparece bien claro que BERNARDO con el estudio y la contemplación ha tenido únicamente como fin, urgido y estimulado más por el amor que por las sutilezas de las opiniones humanas, el dirigir hacia la Verdad Suma los rayos de verdad recogidos por doquier, impetrando de Ella la luz para las mentes, la llama de caridad para las almas y las normas rectas para la conducta moral. Esta es la verdadera sabiduría, que trasciende todo lo de este mundo y devuelve todas las cosas a su verdadera fuente, a Dios, para llevar a El todos los hombres. Por esto, el DOCTOR MELIFLUO, no confiando en la agudeza de su ingenio, avanza lentamente y con cautela por entre los inciertos y poco seguros desfiladeros del raciocinio, no se apoya en los artificiosos e ingeniosos

(7) S. Bern., *In Cantica*, Sermo 8, 6 (Migne P.L. 183, col. 813-A y B).

(8) S. Bern., *In Cantica*, Sermo 69, 2 (Migne P.L. 183, col. 1113-A).

(9) S. Bern., *In Nativit. S. Joannis Bapt.*, sermo 3 (Migne P.L. 183, col. 399-B).

(10) S. Bern., *In Cantica*, Sermo 19, 7 (Migne P.L. 183 col. 866-D).

silogismos, de que tanto abusaban en su tiempo los dialécticos, sino que, como águila, con la mirada fija en el sol, se dirige en raudó vuelo hacia la suprema cumbre de la verdad. Es que la caridad, que lo mueve, no conoce impedimentos y pone alas, por decirlo así, a la inteligencia. Para él la doctrina no es la última meta, sino más bien el camino que conduce a Dios; no es algo en lo cual se detenga vanamente el alma, luchando consigo misma, atraída por fulgores fluctuantes, sino que es el amor lo que la mueve, empuja y gobierna. Así pues, BERNARDO, sostenido por esta sabiduría, meditando, contemplando y amando, se eleva hasta las supremas cimas de la ciencia mística y se une con Dios mismo, como gozando a veces ya en esta vida mortal de la bienaventuranza infinita.

##### 5. De su estilo que nutre la piedad.

Además su estilo vivaz florido, ágil y sentencioso, está empapado de tal suavidad y dulzura que atrae el ánimo del lector, deleitándolo y elevándolo a las cosas de arriba, fomenta, nutre y dirige la piedad, empuja finalmente al alma a desear los bienes que no son caducos y pasajeros, sino verdaderos, seguros y 373 eternos. Por esta razón, sus escritos han sido siempre tenidos en gran veneración y de entre ellos, la Iglesia misma escogió para la sagrada Liturgia no pocas páginas perfumadas de espíritu celestial y saturadas de ardiente piedad<sup>(11)</sup>. Parece como si estuvieran vivificadas por el soplo del Espíritu Divino y resplandecieran con una luz tal, que jamás podrá extinguirse a través de los siglos, porque nace del alma de un escritor sediento de verdad y caridad y deseoso de alimentar a los demás, conformándolos a su propia imagen<sup>(12)</sup>.

##### 6. Citas de sus obras sobre el amor.

Nos place, Venerables Hermanos, referir acerca de esta mística doctrina algunas bellísimas sentencias entresaca-

das de sus libros, para utilidad de todos: *Os hemos hecho ver que toda alma, aunque se halle cargada de vicios, envuelta en pecados como entre redes, captada por los deleites, cautiva en su destierro, encarcelada en el cuerpo... que toda alma, repito, aunque se encuentre, por decirlo así, sumida en la mayor desesperación y se sienta ya como condenada, puede, si quiere, hallar en sí misma energías suficientes no sólo para respirar con la esperanza del perdón y de la misericordia, sino también para atreverse a aspirar a las celestiales bodas del Verbo, contraer la más íntima alianza con Dios y llevar el yugo suave del amor con el Rey de los ángeles. Porque ¿qué no puede emprender con confianza puesta en Aquel de quien sabe que lleva impresa en sí la imagen y semejanza?*<sup>(13)</sup>. Esta conformidad desposa al alma con el Verbo, cuando, siéndole ella semejante por su naturaleza, procura semejar a El por su voluntad, amándole como por El es amada. Luego si le ama perfectamente, se ha desposado con El. ¿Qué cosa más dulce que esta conformidad? ¿Qué cosa tan deseable como este amor que hace que, tú, oh alma, no contenta con las enseñanzas recibidas de los hombres, te acerques, animosamente por ti misma al Verbo, te adhieras fuertemente a El, le preguntes y consultes familiarmente sobre todas las cosas, de forma que la capacidad de tu inteligencia sea la medida de la audacia de tus deseos? Todo ello constituye un verdadero contrato de matrimonio espiritual y santo. Y aun me quedé corto diciendo contrato; es abrazo. Abrazo ciertamente, cuando un mismo querer, un mismo no querer hace de dos espíritus uno solo. Y no es de temer que la disparidad de 374 las personas haga claudicar en algo la conveniencia de voluntades, porque el amor no entiende de respeto. Dícese amor de amar, no de honrar... El amor abunda para sí; el amor, cuando viene, traduce y cautiva en sí mismo a todos

(11) S. Bern., véase Brev. Romano *In festo SS. Nominis Jesu*; en el tercer día de la Octava de la Inmaculada Concepción; en la Octava de la Asunción; en la fiesta de Siete Dolores de la Virgen; en la fiesta del santísimo Rosario; en la

fiesta de S. José, esposo de María; en la fiesta de S. Gabriel Arcángel.

(12) Véase *Fénélon, Panegyrique de St. Bernard*.

(13) S. Bern., *In Cantica, sermo 83, 1* (Migne P.L. 183, col. 1181-C y D).

los afectos. Por eso el que ama, ama y no sabe de otra cosa<sup>(14)</sup>.

Después de haber hecho notar que Dios quiere ser amado de los hombres, más que temido y honrado, añade estas agudas y sutiles observaciones: *Este (el amor) basta por sí, éste agrada por sí y por causa de sí. El es para sí su mérito, él su premio. El amor fuera de sí mismo no busca ni motivo ni fruto. Su fruto es su uso. Amo porque amo; amo por amar. Cosa grande es el amor, con tal que vuelva a su principio, si devuelto a su origen, si refundido a su fuente toma siempre de ella de donde siempre fluya. Sólo el amor, entre todos los movimientos, sentires y afectos del alma, es con lo que puede la criatura pagar, aunque no equitativamente, a su Autor, o también corresponderle de la misma manera*<sup>(15)</sup>.

Después de haber experimentado frecuentemente en la contemplación y la oración este divino amor, por el que nos podemos unir tan estrechamente a Dios, le salen del alma estas inflamadas palabras: *¡Dichosa (el alma) que mereció ser prevenida con bendición de tanta dulcedumbre! Dichosa aquella a quien se dio sentir abrazo de tanta suavidad, que no es otro sino el amor suave y dulce, amor de tanta serenidad como sinceridad, amor mutuo, íntimo y fuerte, que junta a dos, no en una sola carne, sino en un espíritu, que hace de dos no ya dos, sino uno solo, como dice Pablo*<sup>(16)</sup>: *“Quien se adhiere a Dios es con El un mismo espíritu”*<sup>(17)</sup>.

**7. Importancia de sus escritos para el mundo de hoy.** Esta sublime doctrina mística del DOCTOR DE CLARAVAL, capaz de superar y saciar todo deseo humano parece ser que en nuestros tiempos ha sido descuidada, abandonada, u olvidada por muchos; éstos, absorbidos por las preocupaciones y quehaceres de cada día, no buscan ni desean sino lo que es útil y práctico en esta vida mortal y casi nunca levantan al Cielo sus ojos y su corazón, casi

nunca aspiran a las cosas de allá arriba, a los bienes que no se acaban.

Sin embargo, aunque no todos pueden llegar a tocar la cima de esa divina contemplación, de la que habla BERNARDO con tan sublimes pensamientos y palabras, aunque no todos pueden unirse a Dios con tanta intimidad, que les haga sentirse ligados al Sumo Bien con los vínculos de cierto misterioso y celestial matrimonio; sin embargo, todos pueden y deben elevar de cuando en cuando el alma desde estas cosas terrenas a las celestiales y amar con decidida voluntad al Supremo Dador de todo bien.

Por lo cual, cuando hoy la caridad hacia Dios o ha ido poco a poco apagándose en las almas de muchos, o en otros no raramente ha desaparecido ya por completo, creemos que los escritos del DOCTOR MELIFLUO han de ser meditados con toda atención de sus sentencias, en efecto, que por lo demás están inspiradas en el Evangelio, puede brotar una nueva y sobrenatural energía que regule la moral de los hombres y la conforme con los preceptos cristianos, en beneficio de la vida privada y pública de los ciudadanos; de esta manera, se logrará aplicar remedios oportunos a tantas y tan graves calamidades como afligen y turban la sociedad. Al no amar los hombres como deben a su Creador, del que provienen todas las cosas que poseen, tampoco podrán amarse mutuamente; más aún —como tantas veces ocurre—, se dividirán entre sí, separados por el odio y los rencores, y se combatirán unos a otros duramente. Dios es el Padre amantísimo de todos nosotros; somos todos hermanos en Cristo, que nos redimió derramando su preciosa sangre. Siempre que no devolvemos a Dios el amor con que El nos ama, y no reconocemos con reverencia su divina paternidad se rompen también por desgracia los vínculos del amor fraterno y —como tantas veces contemplamos llenos de pena— brotan las discordias, las

(14) S. Bern., *In Cantica*, sermo 83, 3 (Migne P.L. 183, col. 1182-C, D).

(15) S. Bern., *In Cantica*, sermo 83, 4 (Migne P.L. 183, col. 1183-B).

(16) Véase I Corint. 6, 17.

(17) S. Bern., *In Cantica*, sermo 83, 6 (Migne P.L. 183, col. 1184-C).

luchas y las enemistades, que pueden llegar hasta el punto de socavar y derribar las mismas bases de la sociedad humana.

376 **8. Difundir la caridad. Misión del clero.** Hemos por tanto de llevar de nuevo a las almas de todos los hombres aquella divina caridad que inflamó el corazón del DOCTOR DE CLARAVALL, si queremos que florezcan las costumbres cristianas, que la Religión católica pueda realizar con fruto su misión y que, después de haberse apaciguado todas las discordias y restaurado el orden en todas las cosas con justicia y equidad, brille la paz serena para el género humano cansado y afligido.

De esta caridad, con la que es preciso que estemos siempre y decididamente unidos a Dios, han de verse especialmente inflamados cuantos han abrazado la Orden del DOCTOR MELLIFLUO y todos los clérigos, cuya peculiar misión es animar y exhortar a los demás a vivificar este amor divino. De este amor —como dijimos— hoy más que nunca están necesitados los ciudadanos, la familia, la sociedad entera. Al arder éste, y al empujar los ánimos hacia Dios, meta suprema de los mortales, se robustecen las demás virtudes; por el contrario, si éste se debilita y se apaga, se debilitan igualmente y se apagan poco a poco la tranquilidad, la paz, el gozo y todos los bienes verdaderamente tales, ya que dimanen precisamente de Aquel, que es caridad<sup>(18)</sup>.

**9. Bernardo, maestro eximio de la caridad.** De esta divina caridad quizás nadie haya hablado tan bien, con tanta profundidad y vehemencia, como BERNARDO. *La causa de amar a Dios* —dice— *es Dios mismo; la medida, amar sin medida*<sup>(19)</sup>. *Porque donde hay amor, no hay labor, sino sabor*<sup>(20)</sup>. Lo cual él mismo confiesa haberlo experimen-

tado cuando escribe: *¡Oh amor casto y santo! ¡Oh dulcísimo y suavísimo afecto!... tanto más dulce y suave, cuanto que es del todo divino lo que se siente. Amar así es estar endiosado*<sup>(21)</sup>. Y en otro lugar: *Mejor es para mí, Señor, abrazarte en la tribulación, en la hoguera tenerte conmigo, que estar sin Ti aun en el cielo*<sup>(22)</sup>. Y al llegar a la suma y perfecta caridad, por la que se une a Dios en el más íntimo matrimonio espiritual, entonces ve inundada su alma de tal alegría y paz, como jamás se encontrará otra: *¡Oh lugar del verdadero descanso... donde no se ve a Dios como turbado por la ira o como preocupado por solicitudes, sino que se saborean los efectos de su bondad y de su benevolencia! Esta contemplación no está llena de espanto, sino de delicias; no excita una curiosidad inquieta, sino que la sosiega. No cansa al sentido, sino que lo tranquiliza. Aquí verdaderamente se descansa. Dios tranquilo lo tranquiliza todo; y verlo pacífico es estar en paz*<sup>(23)</sup>. 377

**10. Elogio de la perfecta quietud mística.** Sin embargo esta perfecta quietud no es la muerte del alma, sino la vida verdadera. *Muy al revés..., es un descanso vivificador y vigilante que alumbra los sentidos interiores y, desterrando la muerte, comunica una vida inmortal. Es verdaderamente sueño, pero tal que no embota los sentidos, sino que los transporta y los arroba. Lo diré sin vacilar; es una muerte; y si os parece dura la frase, escuchad al Apóstol, el cual, escribiendo a algunos vivientes aun en carne mortal, decía así*<sup>(24)</sup>: *"Estáis ya muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios"*<sup>(25)</sup>.

Esta perfecta quietud del alma, por la que gozamos devolviendo a Dios el amor con que El nos ama, y por la que dirigimos y encaminamos a Dios nuestra vida y todas nuestras cosas, no

(18) I Juan 4, 8.

(19) S. Bern., *De diligendo Deo*, c. 1. (Migne P.L. 182, col. 974-A).

(20) S. Bern., *In Cantica*, sermo 85. 8 (Migne P.L. 183, col. 1191-D).

(21) S. Bern., *De diligendo Deo*, c. 10, 28 (Migne P.L. 182, col. 991-A).

(22) S. Bern., *In Psalm 90*, "Qui habitat", Sermo 17, 4 (Migne P.L. 183, col. 252-C).

(23) S. Bern., *In Cantica*, sermo 23, 10 (Migne P.L. 183, col. 893-A, B).

(24) Colos. 3, 3.

(25) S. Bern., *In Cantica*, sermo 52, 3 (Migne P.L. 183, col. 1031-A).

nos reduce al desaliento, a la pereza, a la inercia, sino todo lo contrario, nos empuja a una vida despierta, diligente, actuosa, con la que nos esforzamos por conseguir nuestra salvación, e incluso la de los demás, con el auxilio de la divina gracia. Pues esta excelsa contemplación y meditación, movida e impulsada por el divino amor, contribuye a gobernar los afectos, a dirigir los actos, a corregir los excesos, a regular las costumbres, a ordenar y ennoblecer la vida, a conseguir, en fin, la ciencia de las cosas humanas y divinas. Ella hace suceder el orden a la confusión, sabe unir lo disperso y juntar lo desunido, penetra en lo más secreto, descubre las trazas de la verdad, averigua lo aparente y falso de las cosas, descubre finalmente, el engaño. Ella ordena de antemano las acciones que se han de llevar a efecto, no olvidándose de recapacitar sobre los actos realizados, para que no quede en el alma nada que necesite enmienda. Ella en las cosas prósperas presiente los peligros que nos amenazan, y en las adversas hace que casi no se sientan sus efectos; lo uno es propio de la fortaleza, lo otro de la prudencia<sup>(26)</sup>.

378 **11. La labor apostólica de San Bernardo.** Y en realidad, a pesar de que anhelaba permanecer continuamente recogido en esta altísima y suavísima contemplación, alimentada por el divino espíritu, el DOCTOR DE CLARAVAL no estaba siempre encerrado dentro de las paredes de su celda, en que la permanencia continuada es tan grata<sup>(27)</sup>, sino que acudía presurosamente con su consejo, su palabra y sus obras allí donde lo requería la causa de Dios y de la Iglesia. El mismo aseguraba que no hemos de vivir para nosotros solos, sino para todos<sup>(28)</sup>; y escribía, refiriéndose a sí mismo y a los suyos: a nuestros hermanos, entre quienes vivimos, por el mismo derecho de frater-

nidad y sociedad humana somos deudores de consejo y de auxilio<sup>(29)</sup>. Y cuando lleno de tristeza veía nuestra santa Religión amenazada o perseguida no ahorra trabajos, viajes y cuidados, con tal de poderla defender y ayudar según sus posibilidades. Nada de... lo que pertenece a la causa de Dios —escribía— lo juzgo como extraño a mí<sup>(30)</sup>. Y al REY LUIS DE FRANCIA, le dirigía estas animosas palabras: Nosotros, hijos de la Iglesia, no podemos cerrar los ojos ante las injurias, el desprecio y la opresión de nuestra madre... Estamos decididos a combatir hasta la muerte, si es preciso, en defensa de nuestra madre, con las armas que nos es permitido hacerlo: no con escudos y espadas, sino con llanto y oraciones a Dios<sup>(31)</sup>. Y a PEDRO, Abad de Cluny: Me glorío de haber padecido tribulaciones por la Iglesia. Esta es mi gloria, la que me hace levantar la cabeza: el triunfo de la Iglesia; porque si con ella padecemos, con ella también recibiremos la consolación. Preciso fue colaborar y padecer con la madre<sup>(32)</sup>.

**12. Herejías y Cruzadas.** Y cuando el Cuerpo místico de JESUCRISTO se vio turbado por cisma tan desdichado que aun los buenos estaban entre sí divididos, él se dedicó de lleno a componer las discrepancias y devolver a los ánimos la felicidad y la unidad. Cuando los Príncipes, a causa de su ambición y de sus ansias de dominio terreno, estaban enredados en terribles discordias, que acarreaban grandes daños a los pueblos, él fue el pregonero de la paz y el supremo fautor de la concordia entre ellos. Cuando finalmente los Santos Lugares de Palestina, consagrados por la sangre del Divino Redentor, se encontraban en circunstancias muy difíciles y amenazados hostilmente por ejércitos extranjeros, él fue quien por encargo del Sumo Pontífice, convocó a los Príncipes y a las naciones cris-

379

(26) S. Bern., *De considerat.* I, c. 7 (Migne P.L. 182, col. 737-A y B).

(27) *Imitación de Cristo*, I, 20, 5.

(28) S. Bern., *In Cantica*, sermo 41, 6 (Migne P.L. 183, col. 987-B).

(29) S. Bern., *De Adventu Domini*, sermo 3, 5 (Migne P.L. 183, col. 45-D).

(30) S. Bern., *Epist.* 20 (al Cardenal Haimérico) (Migne P.L. 182, col. 123-B).

(31) S. Bern., *Epist.* 221, 3 (Migne P.L. 182, col. 386-D; 387-A).

(32) S. Bern., *Epist.* 147, 1 (Migne 182 col. 304-C; 305-A).

tianas a una nueva Cruzada con elevadas palabras y con más elevada caridad; y si esta Cruzada no tuvo el resultado apetecido, no es ciertamente a él a quien se debe achacar la culpa.

Cuando la integridad de la fe y de las costumbres, recibida de los antepasados como sagrada herencia, se vio expuesta a graves peligros principalmente por parte de ABELARDO, ARNALDO DE BRESCIA y GILBERTO DE LA PORRÉE, entonces con sus escritos llenos de sabiduría y emprendiendo fatigosos viajes, hizo todo cuanto con la gracia le fue posible para que estos errores fueran combatidos y condenados y para que los que habían errado pudiesen volver al recto camino y a mejor consejo.

**13. Amor al Papa y respeto a su autoridad, el magisterio infalible.** En esto, sabiendo que más valía la autoridad del Romano Pontífice que la sabiduría de los doctos, procuró poner de por medio esta autoridad, que reconocía suma e infalible para dirimir tales disputas. A Nuestro Predecesor de feliz memoria EUGENIO III, su antiguo discípulo, escribía estas líneas que revelan al propio tiempo su amor y el profundo respeto que le profesaba y la libertad de alma propia de los Santos: *El amor no conoce al señor; conoce al hijo, aun bajo la tiara... Os aconsejaré, por tanto, no como maestro sino como madre, para hablar llanamente, como quien os ama*<sup>(33)</sup>. Y más tarde le dirige estas vehementes palabras: *¿Quién sois? Sois el gran Sacerdote, el Sumo Pontífice; sois Príncipe de los Obispos, el heredero de los Apóstoles... Pedro, en la potestad; Cristo, por la unción. Sois el hombre a quien se entregaron las llaves y se confiaron las ovejas. Ciertamente, hay otros que pueden abrir las puertas de los cielos y apacentar la grey; pero vos sois tanto más glorioso,*

*cuanto mayor es la diferencia con que habéis recibido por encima de los demás ambos nombres. Ellos no tienen más grey que la que se les señala; cada cual tiene la suya; pero a vos se os han confiado todas juntas. Y no sólo cuidáis de las ovejas, sino de todos sus pastores, siendo vos el solo y único mayoral*<sup>(34)</sup>. Y en otro lugar: *Del mundo tendría que salir quien quisiera buscar qué es lo que no está bajo tu cuidado*<sup>(35)</sup>.

De manera clara y evidente reconoce el magisterio infalible del Romano Pontífice en todo cuanto pertenece a la fe o a las costumbres. Al hacer notar los errores de ABELARDO, quien *hablando de la Trinidad, sabe a Arrio; hablando de la Gracia, sabe a Pelagio; hablando de la persona de Cristo, sabe a Nestorio*<sup>(36)</sup>, que *pone grados en la Trinidad, modos de ser en la majestad, números en la eternidad*<sup>(37)</sup>, que *se alza a resolverlo todo por la soberbia del ingenio humano y se desdeña de reservar nada a la fe*<sup>(38)</sup>; no solamente discute, analiza y refuta sus sutiles, capciosas y falaces razones, sino que escribe a Nuestro Predecesor de feliz memoria INOCENCIO II sobre el particular estas gravísimas palabras: *A vuestro apostolado tocan todos los peligros... especialmente aquellos que se refieren a la fe. Pues creo que es natural que allí puedan repararse los daños de la fe, donde la fe no puede sufrir detrimento. Esta es la prerrogativa de esta Sede... Tiempo es de reconocer, Padre amantísimo, vuestra primacía... En esto ciertamente haréis las veces de Pedro, cuya sede ocupáis, si confirmáis a los que titubean en la fe con vuestras amonestaciones y extermináis con vuestra autoridad a los que la corrompen*<sup>(39)</sup>.

**14. La fuente de su fuerza: la santidad.** De dónde pudo sacar fuerzas este humilde monje para vencer tan arduas

(33) S. Bern., *De errore Abælardi*, Prefacio (Migne P.L. 182, col. 727-A; 728-A, B).

(34) S. Bern., *De Considerat.* II, c. 8 (Migne P.L. 182, col. 751-C, D).

(35) S. Bern., *De considerat.* III, c. 1 (Migne P.L. 182, col. 757-B).

(36) S. Bern., *Epist.* 192 (Migne P.L. 182, col. 358-D; 359-A).

(37) S. Bernar., *De errore Abælardi*, I, 2 (Migne P.L. 182, col. 1056-A).

(38) S. Bern., *Epist.* 188 (Migne P.L. 182, col. 353-A, B).

(39) S. Bern., *De error Abælardi*, Prefacio (Migne P.L. 182, col. 1053, 1054-D).

dificultades, resolver cuestiones tan complicadas y dirimir causas tan intrincadas, casi destituido de toda ayuda humana, solamente lo podremos colegir si consideramos la excelsa santidad que iluminaba su vida, unida a una decidida entrega a la verdad. Como ya dijimos, estaba inflamado de una ardentísima caridad para con Dios, y para con el prójimo; éste es, en definitiva, como bien sabéis, Venerables Hermanos, el principal mandato del Evangelio y el que resume todos los demás; de esta manera BERNARDO no sólo estaba unido al Padre celestial con un vínculo místico y perenne, sino que no ansiaba más que ganar a los hombres para Cristo, defender los sagrados derechos de la Iglesia y combatir con corazón valiente por la integridad de la fe católica.

No se vanagloriaba su alma en medio del aprecio y estima que gozaba ante los Sumos Pontífices, ante los Príncipes y ante los pueblos, ni buscaba las vanas y fugaces lisonjas de los hombres, sino que siempre brillaba en él la humildad cristiana, que recoge a las demás virtudes... una vez recogidas, las conserva... y una vez conservadas, las lleva a su perfección<sup>(40)</sup>, de modo que sin ésta... ni siquiera parezcan virtudes<sup>(41)</sup>. Por lo cual, los honores que se le ofrecieron no sedujeron su alma, ni sus pies corrieron tras la gloria; era igual deleite para él la tiara y el anillo que la pica y el azadón<sup>(42)</sup>. Y mientras llevaba a cabo tantos y tan admirables trabajos por la gloria de Dios y provecho del nombre cristiano, él sólo se reconocía inútil siervo de los siervos de Dios<sup>(43)</sup>, vil gusanillo<sup>(44)</sup>, árbol estéril<sup>(45)</sup>, pecador, ceniza...<sup>(46)</sup>. Era la asidua contemplación de las cosas celestiales la que alimentaba esta cristiana humildad y las demás virtudes; eran las oraciones encendidas que dirigía a Dios,

las que atraían la gracia sobrenatural a sus empresas y trabajos.

**15. Amor encendido a Jesús.** De manera especialísima amaba a JESUCRISTO, nuestro Divino Redentor, con tal vehemente amor, que inspirado por él escribía páginas bellísimas y sublimes que aun hoy llenan de admiración a todos e inflaman la piedad de cuantos las leen. *¿Qué cosa hay que nutra tanto el espíritu... qué otra cosa repara tanto las fuerzas perdidas, hace las virtudes más varoniles, fomenta las buenas y loables costumbres y las inclinaciones castas y honestas? Todo alimento del alma carece de substancia si no va condimentado con este óleo; es insípido si no está sazonado con esta sal. El leer me hastía, si no leo allí el nombre de Jesús. El hablar o discutir me disgusta si no se habla allí de Jesús. Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón. Pero es también medicina. ¿Está triste alguno de vosotros? Pues venga Jesús a su corazón y de allí pase a la boca, y apenas es pronunciado este nombre adorable produce una luz resplandeciente, que ahuyenta los disgustos y restablece la calma y la serenidad. ¿Cae alguno en pecado? ¿Corre por esto desolado a la muerte por la senda de la desesperación? Pues invoque este nombre vital y al punto respirará de nuevo aires de vida... ¿Quién es aquel cuyo espíritu fluctuante y acongojado en medio de los peligros, a la invocación de este nombre, no ha recobrado de nuevo la más completa seguridad y se ha visto libre de todo temor?... Nada hay más propio para detener el ímpetu de la hinchazón del orgullo, curar las llagas de la envidia...*<sup>(47)</sup>.

**16. Tierna devoción a María. Página célebre.** A este amor encendido a JESUCRISTO se añadía una tierna y sua-

(40) S. Bern., *De moribus et Offic. Episc.* (o sea: *Epist.* 42, 5, 17 (Migne P.L. 182, col. 821-A).

(41) En el mismo lugar de la nota (40).

(42) *Vita Prima*, II, 25 (Migne 185, col. 283-B).

(43) S. Bern., *Epist.* 37 (Migne P.L. 182, col. 143-B).

(44) S. Bern., *Epist.* 215 (Migne P.L. 182, col. 379-B).

(45) *Vita prima*, V, 12 (Migne P.L. 185, col. 358-D).

(46) S. Bern., *In Cantica*, sermo 71, 5 (Migne P.L. 183, col. 1123-D).

(47) S. Bern., *In Cantica*, sermo 15, 6 (Migne P.L. 183, col. 846-D; 847-A, B).



vísima piedad hacia su excelsa Madre, a la que amaba y veneraba igualmente como amantísima madre suya. Confía-  
ba de tal modo en su poderoso patro-  
cinio, que no dudaba en afirmar: *Dios  
quiso que todo cuanto obtenemos, pase  
por las manos de María*<sup>(48)</sup>. Y en otro  
lugar: *Esta fue su voluntad, que todo  
lo tengamos por María*<sup>(49)</sup>.

Y Nos es grato proponer a vuestra  
consideración, Venerables Hermanos,  
aquella página, la más hermosa quizás,  
de cuántas se han escrito en loor de la  
Santísima Virgen Madre de Dios, la  
más vehemente, la más apta para ex-  
citar en nosotros el amor a Ella, la más  
útil para avivar nuestra piedad y ani-  
marnos a seguir el ejemplo de sus virtu-  
des... *Es llamada Estrella del Mar,  
nombre que se adapta a la virgen Ma-  
ria oportunísimamente; pues, ella con  
toda justicia se compara a una estrella;  
porque así como la estrella lanza el  
rayo de su luz sin mengua de sí mis-  
ma, así, sin lesión suya, dio a luz la  
Virgen a su Hijo. Ni el rayo disminuye  
en la estrella su claridad ni el Hijo en  
la Virgen su integridad. Ella, pues, es  
aquella noble estrella nacida de Jacob,  
cuyos rayos alumbran todo el orbe,  
cuyo resplandor brilla en las alturas y  
cala los abismos... Esta misma, repito,  
es la esclarecida y singular estrella, ele-  
vada necesariamente por encima de este  
mar grande y espacioso, brillando con  
méritos, ilustrando con ejemplos. ¡Oh!  
Quienquiera que seas el que en la im-  
petuosa vorágine de este siglo te ves  
más bien a merced de las olas entre  
borrascas y tempestades que caminan-  
do en tierra firme, apartes los ojos del  
resplandor de esta estrella si no quieres  
ser envuelto en los torbellinos. Si se  
levantaren vientos de tentaciones, si  
tropezares en escollos de tribulaciones,  
mira a la estrella, invoca a María. Si  
te sintieres agitado por las olas de la  
soberbia, de la ambición, de la detrac-  
ción, o de la emulación, mira a la estre-  
lla, invoca a María. Si la ira, o la ava-  
ricia, o el deleite carnal sacudieren la  
navecilla de tu alma, mira a María. Si*

*turbado ante la memoria de la enormi-  
dad de tus culpas, confuso a la vista de  
la fealdad de tu conciencia, aterrado  
ante la idea del horror del juicio, co-  
mienzas a ser absorbido en la sima sin  
fondo de la tristeza, en el abismo de la  
desesperación, piensa en María. En los  
peligros, en las angustias, en las dudas,  
piensa en María. En los peligros, en las  
dudas, piensa en María, invoca a Ma-  
ría. No se aparte María de tu boca, no  
se aparte de tu corazón; y para conse-  
guir la ayuda de su intercesión, no te  
desvíes de los ejemplos de su virtud.  
Si la sigues, no te extravías; si la rue-  
gas, no desesperas, si en ella piensas,  
no te pierdes. Si ella te tiene de su  
mano, no caes; si ella te protege, nada  
temas; si ella te guía, no te fatigas; si  
ella te ampara, llegas al puerto...*<sup>(50)</sup>.

**17. Exhortación del Papa a la devo-  
ción de María, especial para nuestros  
turbulentos tiempos.** De esta manera  
creemos que no podemos dar mejor fin  
a Nuestra Carta Encíclica, que invitan-  
do a todos con las palabras del DOCTOR  
MELIFLUO a fomentar la piedad hacia  
la excelsa Madre de Dios con un afán  
cada día más grande, y a imitar con  
todo empeño sus gloriosas virtudes se-  
gún las condiciones de vida de cada  
uno. Si al caer del siglo XII eran gra-  
ves los peligros que amenazaban a la  
Iglesia y la humanidad, no son cierta-  
mente menores las dificultades por las  
que atraviesa nuestra época. La fe cató-  
lica, fuente de los supremos consuelos  
del hombre, se debilita no pocas veces  
en las almas y llega a ser incluso com-  
batida con encono públicamente en al-  
gunos países y naciones. Abandonada  
o combatida la Religión cristiana, es  
triste ver cómo las costumbres públi-  
cas y privadas se desvían del recto  
camino y caen a veces a través de  
multitud de errores en los vicios más  
miserables.

En lugar de la caridad, vínculo de <sup>384</sup>  
perfección, de concordia y de paz, na-  
cen por doquier los odios, los rencores,  
las discordias.

(48) S. Ber., In Vigil. Nativit. Domini, sermo  
III, 10 (Migne P.L. 183, col. 100-A).

(49) S. Bern., Sermo in Nativit. Mariæ, 7 (Mig-

ne P.L. 183, col. 441-B).

(50) S. Bern. Homil. II super "Missus est", 17  
(Migne P.L. 183, col. 70-B, C, D; 71-A).

Invade las almas de los hombres una especie de inquietud, de turbación, de ansia; es que hay miedo de que caigan los fundamentos de la sociedad civil y doméstica en el caso de que la luz del Evangelio se debilite y extinga poco a poco en las almas de muchos o, lo que es peor aún, sea rechazada por ellos; peores y más desgraciados serían en este caso los tiempos que se avecinan.

Así pues, de igual manera que el DOCTOR DE CLARAVAL suplicó y obtuvo para su época el auxilio de MARÍA, la Virgen Madre de Dios, también nosotros pidamos con tan intensa piedad y súplicas a nuestra Divina Madre que obtenga de Dios remedios oportunos para estos males que padecemos, y que nos conceda, con el auxilio divino, Ella que es tan benigna y poderosa, que brille por fin una sincera, sólida y fructuosa paz para la Iglesia, para los pueblos y para el mundo entero.

**18. Deseo final y bendición.** Sean estos los ubérrimos y saludables frutos que, con la protección de SAN BERNARDO, nos traigan las fiestas centenarias de su piadosa muerte; sea esto lo que con Nos pidan y supliquen todos, contemplando y meditando los ejemplos del DOCTOR MELIFLUO y esforzándose por seguir con afán y prontitud sus santas huellas.

De estos saludables frutos sea prenda la Bendición Apostólica, que de todo corazón concedemos a vosotros, Venerables Hermanos, a la grey confiada a vuestros cuidados, y especialmente a aquellos que pertenecen a la Orden de SAN BERNARDO.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 24 de Mayo, fiesta de Pentecostés, del año 1953, décimoquinto de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.